

In memoriam
Guillermo Porras,
el historiador amigo *

Por la doctora Josefina Muriel

Hace algunos días fui invitada a participar en este homenaje al distinguido historiador Dr. don Guillermo Porras. Con gusto di mi anuencia y aquí estoy ante ustedes para recordarlo. Empero considerando que mis colegas participantes en él se referirían a su obra publicada y analizarían de ella su trascendente aportación al campo del conocimiento de la historia nacional, pensé que había otro aspecto de su saber y de su cultura que era necesario recordar para hacerle justicia en su condición humana.

Un historiador no vive solo, vive en relación con los demás hombres, está inmerso en una sociedad a la que por una parte él va *a servir*, ayudando con su trabajo a formarle una conciencia histórica de su ser nacional y por otra, colaborando con los demás historiadores ya consagrados y los jóvenes que inician sus esfuerzos en la búsqueda sincera de

Velada necrológica presidida por el doctor Silvio Zavala, que tuvo lugar en el salón de actos de la Academia, el día 15 de junio de 1990.



la verdad y la justicia. Por todo ello creo que para hacer un homenaje cabal a una persona de la categoría de don Guillermo Porras, no basta considerarlo sólo como un investigador profundo, sabio y prolífico, sino mirar al unísono su gran calidad humana, que es la que hizo de él: “el historiador amigo”.

Para poder darle este título he investigado, cual corresponde a todo historiador que se respete, con los colegas, estudiantes y personal a cargo de bibliotecas, archivos públicos y privados. De sus respuestas he podido confirmar y ampliar lo que por experiencia personal había conocido.

De todo ello se desprenden varios puntos que uniéndose nos dan el perfil del hombre bueno, sabio y generoso, cuya amistad en la relación humana teniendo como base el interés histórico, se expresaría a través de, una *refinada educación*, un gran *sentido del humor*, que rompía el temor de los jóvenes que a él se acercaban, y una *espontánea generosidad* muy norteña, no en balde era de Chihuahua.

Voy a señalar los elementos que constituyen su título de historiador amigo, mediante su acción vital, frente a los trabajos históricos.

Respecto a los ya publicados por los distintos autores, tras una cuidadosa lectura, hacía una crítica siempre constructiva, señalando sin disfraz, abierta y razonadamente, la falta de información, la confusión, etc., *pero* sin ofender al autor, sin tratar de humillarlo, antes bien señalando lo positivo de la obra y aun el modo de mejorarla y enriquecerla. Respetuoso de las personas, sus críticas no daban pábulo a polémicas, sino a una más intensa búsqueda de la verdad a la que él mismo en ocasiones ayudaba, abriendo caminos no vistos antes por el autor.

Referente a preparación de obras que realizaban sus colegas mediante trabajos de investigación en archivos y bibliotecas, él con su privilegiada memoria, tenía presente la temática de cada uno de ellos, para ayudarlos. Así cuando iba descubriendo datos que a ellos les

servían se los pasaba generosamente en tarjetas para que los utilizaran como investigación personal. Esta acción la realizó aquí desde que era estudiante, en el Archivo General de la Nación, en la biblioteca de la Secretaría de Hacienda, en la de Antropología, en la Nacional, etc., y lo continuó allá en España entre los que trabajábamos en el Archivo de Indias; lugar en donde además, orientaba a los investigadores mexicanos sobre la organización de esta rica institución y los medios de hacer más eficientes las consultas.

Apoyo que luego extendió a la ayuda moral y aún económica de becarios hispanoamericanos radicados en Sevilla y en Madrid. Respecto a las obras realizadas en colaboración, las reuniones de confrontación sobre contenido temático las aprovechó para ayudar con sus aplísimos conocimientos a quienes veía con algún problema, ya fuera por incompleta investigación o por falta de comprensión del contenido medular del tema, o por falta de experiencia aún en las labores históricas. Su generosidad en algunos casos llegó hasta dedicar horas, de su comprometido tiempo, para rehacerle a alguien su trabajo y aún redactarlo en parte, para que tal persona obtuviera el beneficio económico que su artículo le produciría.

Pero todo esto realizado en plan de amigo, con llana sencillez; sin hacer sentir a quien ayudaba su preeminencia académica.

En su trato de amigo, nunca hizo alarde de su saber histórico, empero, salía forzosamente a flote en la convivencia entre historiadores, a que daban lugar entre otras las reuniones en conferencias, y sus intervenciones en los congresos nacionales e internacionales, de los cuales siempre salió con nuevos amigos, estableciendo de inmediato ese contacto de mutuo interés y ayuda generosa de su parte. Nunca lo vimos negarse al pesado trabajo de leer los manuscritos de trabajos ajenos para mejorar publicaciones, aunque no tuviera en ello responsabilidad alguna.

Por lo que compete a su relación con los jóvenes estudiantes, la simpatía que le provocaba el que se ocuparan de su mismo oficio, lo



hacía entenderlos con tal solicitud que se sentían acogidos más que por el sabio historiador, por un amigo generoso que les daba no sólo el dato que buscaban, sino que descendía a enseñarles desde las técnicas de investigación; les abría los horizontes con amplias bibliografías, promovía su interés para adentrarlos en el tema elegido, instándolos a analizar el material reunido, a buscar más allá del dato superficial, el sentido, el valor de las obras humanas contenidas en el hecho histórico.

De sus acertados consejos salieron tesis que merecieron altos honores. Por todo ello recibía frecuentes visitas de estudiantes de la UNAM, del Colegio de México, de la Universidad Panamericana, de la Iberoamericana y de la Anáhuac.

Por todo ello no vacilamos en titularlo maestro, pues lo fue ampliamente en esa su forma especial de serlo, mediante la amistad gratuita.

Esta generosidad aunada a ese sentido de responsabilidad que debe tener el historiador cuando lo es de verdad, y se traduce en la consciente obligación de divulgar, y hacer llegar al pueblo los conocimientos históricos que se tienen, para ayudarlo a fortalecer su conciencia histórica, y con ello el conocimiento de sí mismo, lo llevó a dar conferencias fuera de los ámbitos académicos y tal fue su interés en hacerlo que encontrándose ya gravemente enfermo acudió al auditorio ubicado en los portales del Zócalo de la ciudad de México, para dictar la última conferencia de su vida, que intituló: "Los portales de la Plaza Mayor".

Quiso a su muerte continuar la obra de "historiador amigo" que realizó en vida, heredando a los investigadores y estudiantes, los cientos de miles de fichas, con datos históricos, que acumuló a lo largo de una vida de trabajo. Ese tesoro se encuentra hoy en la biblioteca de la Universidad Panamericana a disposición de los estudiosos.

Honor a quien honor merece

